

REVISTA DE ALBACETE

PERIÓDICO CIENTÍFICO, LITERARIO Y POLÍTICO

SE PUBLICA LOS DÍAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES

DIRECTOR: D. MANUEL ALCÁZAR Y GONZÁLEZ

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital 50 céntimos de peseta al mes.—Fuera 1,50 pesetas trimestre (pago anticipado).

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN

Calle de San Agustín números 18 y 20, principal, donde se dirigirá toda la correspondencia.

EL CRIMINAL

Hace pocos años, en un país de buenas costumbres, en una región donde los crímenes son raros, se encontraban consternados sus habitantes por la perpetración de hechos horrorosos que en un principio quedaron en el misterio, que revelaban la existencia de uno de esos malvados que se hacen célebres por su ferocidad y que tuvieron por espacio de bastante tiempo á nuestra policía y á nuestros Tribunales ocupados en el descubrimiento del autor de tan grandes delitos. Indudablemente el hombre que cometiese aquellos crímenes debería participar más que de la esencia humana, de la naturaleza del tigre ó de la hiena. Después de muchas gestiones y después de poner en juego nuestras autoridades todos los medios de que disponen para estos casos, la repetición de los crímenes más que las medidas de la autoridad, hizo que se descubriese lo que se buscaba: el perverso criminal, autor de tantos y tan repugnantes delitos, era Juan Diaz de Garayo y Ruiz (a) *Zurrumbón*, conocido más tarde por la naturaleza de sus crímenes con el nombre de *El Sacamantecas*.

La historia de este desgraciado es bastante triste y los hechos que le llevaron al patíbulo y el resultado de la autopsia que se le hizo, revelan que Juan Diaz era un loco, no un criminal: un hombre que lo defectuoso de su constitución orgánica le llevó necesariamente al crimen en el momento en que aquella predisposición de su naturaleza á la locura encontró motivo para su desarrollo y condiciones abonadas para continuar su natural proceso.

El 2 de Abril de 1870, cuando faltaba poco para oscurecer, salió Juan Diaz de Garayo y Ruiz de la ciudad de Vitoria con una de esas mujeres extraviadas, muy conocida en aquella población. Diaz Garayo tenía por aquella época unos cincuenta años de edad; la mujer era joven.

Estuvieron largo rato hombre y mujer en una hondonada que les libraba de la vista de los demás y al despedirse Garayo entregó á la mujer tres reales, cantidad que á esta le pareció corta, por lo que le increpó duramente dándose lugar á una disputa y á que Juan Diaz ofreciese á su compañera de paseo una peseta; esta pretendía cinco reales. La nueva diferencia de precio y las palabras de la desgraciada compañera de Garayo, desesperaron á este hasta el punto de que arrojándose sobre aquella mujer la derribó en tierra y con gran habilidad la impidió que gritara, le oprimió la garganta con las manos hasta dejarla medio estrangulada y sumergiéndole después la cabeza en un pequeño remanso de agua, la tuvo de este modo hasta que notó que había muerto. El asesino no se asusta del crimen que concluye de cometer sinó que desnuda á su víctima, la contempla desnuda por largo rato y regresa tranquilamente á la ciudad cuando ya era de noche.

El 12 de Marzo de 1871, á la misma hora de la tarde, conversaba con otra mujer, viuda, pobre, á quien proponía que le acompañase á dar un paseo por el campo, manifestándole ella que no había comido en todo el día por carecer de recursos; Garayo le dió un real y le dijo que le esperaba en la carretera de Navarra y que fuese pronto. La viuda estuvo al poco tiempo en el sitio de la cita y ocurrió exactamente lo mismo que con la anterior desgraciada, que todavía no hacia un año había acompañado á Garayo á la misma hora de la tarde y con el mismo objeto, por los campos de Vitoria. Juan Diaz dió también á la viuda de la tarde del 12 de Marzo de 1871 una pequeña cantidad: esto originó una disputa y el criminal estranguló á su compañera, y retirándose ya de noche á la ciudad, entró en su casa y se acostó sin revelar la más pequeña intranquilidad.

El día 21 de Agosto de 1872 se dirigía Garayo por la carretera de Ochandiano al pueblo

de Gamarra; nadie se veía por aquellos alrededores cuando distinguió que avanzaba hacia Vitoria una joven que después resultó tener trece años y ser criada de unos señores de Gamarra. Nuestro célebre criminal, en el momento de pasar por el lado de la joven le echó una mano al cuello y otra á la cintura y la arrastró fuera del camino, y allí, en sitio apartado y cuando tenía á su víctima casi estrangulada la violó, concluyéndola de estrangular apenas tuvo satisfecho su feroz apetito.

Á los ocho días cometió el célebre asesino otro de sus delitos casi con las mismas circunstancias que los anteriores; en este la víctima fué una joven de veintitres años; también le hizo que le acompañase al campo, le dió tres reales por los servicios que le prestara, le llegó á ofrecer cuatro, lo mismo que hizo con su primera víctima, y últimamente se arrojó sobre ella, le echó las manos al cuello, la estranguló y se quedó contemplándola. La desgraciada mujer en la agonía hizo algún movimiento con los ojos; entonces Juan Diaz le quito una horquilla, la puso derecha y desabrochando el vestido de la moribunda con un acierto especial clavó la horquilla en el corazón de aquella, concluyéndola de matar. Ya había anochecido y el criminal se dirigió tranquilamente á la ciudad.

Una tarde del mes de Agosto de 1877 condujo al campo otra joven de mala vida y se repitió la escena de siempre, pero la joven pudo gritar, acudiendo algunos soldados ante cuya presencia el criminal emprendió la fuga.

Pasa un año y en Junio de 1874 iba Garayo por el camino de la Zumaquera y encontró á una mujer anciana, enferma y que vivía de la caridad. Al llegar á ella le echó las manos al cuello é intentó derribarla al suelo, pero en tan crítico momento aparecieron otras dos mujeres por el camino y el criminal huyó.

En el año 1876 murió la tercera esposa de Juan Diaz, quedando su muerte envuelta en el misterio.

Después de esta fecha trascurrieron más de dos años sin que se tuviese conocimiento de la perpetración de crímenes que se recordaban con temor por todos los habitantes de las ciudades y de los campos en que los referidos crímenes tuvieron lugar; pero llega el año 1878 y el día 2 de Enero se encontró el cadáver de una mujer de cincuenta y cinco años en las inmediaciones de Vitoria. Esta infeliz había sido mutilada y se le encontraron grandes heridas en el pecho y en el bajo vientre, hallándose la mayor parte de las vísceras fuera y como arrancadas violentamente.

No pudo saberse el autor de este crimen y Garayo negó siempre que él lo hubiese cometido.

No habían trascurrido dos meses: el 28 de Febrero del mismo año, en la misma Vitoria, en una casa pública se comete otro espantoso crimen con idénticas circunstancias que los referidos y en una niña de once años. La niña, que murió á los pocos días de ser objeto del criminal atentado, dijo que llamó á su habitación un hombre viejo preguntando si había algún cuarto desocupado á lo que contestó que no y entonces el viejo, cogiéndola por el cuello la derribó; la impidió que gritara y la deshonoró, causándole después con una navaja gran número de heridas mortales en el vientre. Por fin pudo gritar y el viejo huyó. La joven de once años dió las señas del asesino, que también habían visto en la vecindad, y se apresó, por convenir con estas señas, á un anciano de setenta y cinco años, que siempre negó rotundamente haber cometido tan horroroso crimen, pero que fué al patíbulo como si hubiera sido su autor.

¿Lo fué realmente? ¿Había otro ú otros *Sacamantecas* además de Juan Diaz? ¿Fué este el autor del asesinato de la joven de los once años como lo había sido de otros? ¿Se mandó al patíbulo á un inocente, como ha ocurrido muchas veces, por la falibilidad del juicio humano? Nada de esto ha podido averiguarse, pero no deja de ser extraño que estos crímenes últimos que hemos referido revistan el mismo carácter que los perpetrados por Juan Diaz Garayo y sin embargo fuesen ejecutados por otro, pues es difícil que *El Sacamantecas* tenga imitadores y que llegase tan pronto y con tanta facilidad á formar escuela en Vitoria, ciudad de excelentes costumbres, de reconocida moralidad y que nunca se hizo célebre en los anales del crimen.

Se encontraba Garayo en 1.º de Noviembre del citado año 1878 en un molino de las cercanías de Vitoria y hallándose sola la molinera entró en la cocina, le echó las manos al cuello y la derribó al suelo después de larga y tenaz resistencia, pero la suerte quiso que la molinera cayese encima de Garayo y que pudiese levantarse inmediatamente dando voces: el asesino huyó, marchándose del molino y de sus inmediaciones. La molinera dió conocimiento á las autoridades de lo ocurrido y *El Sacamantecas* conservó en la prisión que sufrió por esta causa la mayor serenidad y sangre fría, sin revelar ningún temor que pudiera inferir la sospecha de ser él el autor de los crímenes que se venían cometiendo. Salió de la prisión y el 25 de Agosto de 1872,

vagando por las inmediaciones de Vitoria, como hacia frecuentemente, encontró á una mendiga anciana con quien entabló conversación; Garayo le ofreció una limosna y mientras la sacaba del bolsillo miró alrededor, vió que no habia nadie y echó sus hérculeos brazos á la desgraciada y vieja mendiga para sacarla de la carretera por donde caminaban; la mendiga cayó al suelo causándose una herida en la frente, y al ir á arrojarse *El Sacamantecas* sobre ella le dió tan fuerte puntapié en el bajo vientre que aquel cayó de espaldas y casi sin sentido y entonces la mujer se levantó y gritando huyó hacia Vitoria. La anciana, por gestiones de Garayo y mediante una indemnización de veinte pesetas, no dió parte de lo que le habia ocurrido.

El perverso criminal, según el criterio de la sociedad y los hombres de orden, ó el desgraciado demente, según la opinión de médicos distinguidos, se veía cada vez más impulsado al crimen y su pasión erotico-homicida iba en aumento. Ya no se pasaban años, ni siquiera meses entre una y otra tentativa del *Sacamantecas*, ya repetía sus tentativas siempre que se encontraba á una mujer y sin observar las excesivas precauciones que al comienzo de su carrera criminal. Estaba en un plano inclinado y la velocidad adquirida en la pendiente del crimen le hacia imposible detenerse; cada vez adquiría más fuerza su perversidad y necesariamente tendría que recorrer el camino que habia comenzado. Era el 7 de Septiembre del mismo año; marchaba nuestro célebre criminal desde Murguía á Vitoria y delante iba una mujer joven, de veinticinco años de edad, robusta y de agraciado rostro; Garayo apresuró el paso para alcanzarla, pronto estuvo en conversacion con la viajera á quien preguntó si era casada y si habia estado alguna vez en Vitoria. La interpelada era soltera; *El Sacamantecas* siguió en su compañía y al llegar á un sitio solitario del camino la dejó que se adelantase un poco, se arrojó á ella, la cogió de los brazos y sujetándola la arrastró á un sitio oculto y apartado donde le echó al cuello un pañuelo, la derribó al suelo y le expuso sus deseos y le ofreció dinero. La joven se resistió y el asesino le infirió con una navaja varias heridas, intentando violarla en la agonía; cesó por un momento en su lucha y volvió á ella rematando á la joven con nuevas heridas. Garayo cogió la cesta de su victima en que llevaba arroz, almidón y alguna otra cosa, la ocultó y se retiró con la tranquilidad de siempre del sitio de sus crímenes, si bien se quedó á dormir en el campo. Al día siguiente Juan Díaz se dirige

á la ciudad, pero no entra en ella y queda por sus afueras en espera y como en acecho para ver si encontraba alguna desgraciada mujer en que satisfacer aquel impulso de matar y de disfrutar de los placeres sensuales que sentía dentro de sí como una fuerza misteriosa é irresistible. Una anciana de cincuenta y dos años, que habia venido seis días antes á Vitoria á pasar las ferias y que se retiraba á su casa, se presenta por el sitio donde se encontraba aquella fiera humana, que sale al encuentro de la mujer y la acompaña en su camino: comienza á llover y mujer y criminal se refugiaron y sentaron debajo de un árbol. Al poco de estar en conversacion Garayo le declara sus deseos y la anciana ofendida los rechaza y se pone en pie para marcharse; pero *El Sacamantecas* la coge, le echa al cuello el delantal y le aprieta hasta dejarla casi estrangulada: en esta disposicion la arrastra á otro árbol inmediato, la desnuda é intenta satisfacer su grosero apetito y últimamente con su pequeña navaja la concluye de matar; la abre de arriba á abajo, introduce sus manos por la abertura del vientre, saca los intestinos y arranca á la victima un riñón, que arroja próximo á la cesta que llevaba; abre esta cesta y come un panecillo y un poco de escabeche que habia en ella.

Al día siguiente tienen noticia las autoridades y Tribunales de la aparicion de estas dos últimas víctimas de aquel criminal, que sinó estaba loco, habia experimentado en él una completa transformacion la naturaleza humana. *El Sacamantecas* no habia muerto; el que habia subido al patibulo por la muerte de la niña de once años de la casa pública de Vitoria, ó era un inocente ó era un mal imitador y discípulo del célebre criminal.

Es imposible continuar en este artículo la interesante historia de este monstruo de maldad para muchos, de esta victima de su organizacion para otros; la dejaremos, para continuarla en otro artículo.

M. ALCÁZAR.

BAUTISMO

(CONCLUSIÓN)

En cuanto á las tradiciones chinas y tártaras, consideramos muy autorizado el testimonio de Abel Remisat, perfectamente versado en las lenguas de aquellos países el cual refiere una narracion musulmana vertida al idioma chino, y en ella se lee que, interrogado *Confucio* por el ministro *Phi* acerca de su santidad, contestó: «no recuerdo un sólo nombre digno de esta cualidad, pues no lo soy yo, ni los fueron

«los tres reyes, ni los cinco señores, ni los tres Augustos, y sólo sé que en la parte occidental de nuestra nación, la Judea, nacerá un hombre santo, que sin aparecer investido del carácter de autoridad apaciguará nuestras turbulencias; sin mandar, infiltrará la fe en el corazón, y su proceder será un raudal de actos meritorios. Khien, yo desconozco su nombre; pero lo significo con el de verdadero santo.» Remusat explica que el advenimiento de este santo, según las tradiciones chinas tardaría cien generaciones (*Pē chi*), y añade que *Pē chi* se traduce en una duración de tiempo indefinido, aunque cien *chi* equivalen á tres mil años.

Y en lo que atañe á la Persia, sabido es que esta nación ha profesado, á semejanza de los demás pueblos orientales, el dogma de la caída y de la venidera rehabilitación, que había de ejecutar un mediador que los persas llamaban *Mithras*, según expone Anquetil-Duperrón en su *Sistema mitológico de los magos*. *Mithras*, en lengua persa, significa, en sentir de Anquetil, medianero; esto es, interpuesto entre Ormuzdo, principio del bien y Aharimanio, genio del mal. Teoponpo, escribiendo acerca de *Isis y Osiris*, nos refiere la creencia persica de que el principio del bien y del mal permanecerán batallando entre sí hasta que Plutón sea derrotado y muerto y con este motivo se inaugure la era de la felicidad. Y Plutarco, aludiendo á este dogma de los hijos de Ormuzdo refiere que se hallaba tan incrustado, así en las costumbres civiles como en los ritos religiosos, lo mismo de la Grecia que de las naciones bárbaras que era imposible extirparlo.

La expiación es realmente un sufrimiento, y si lo es y todos los pueblos de la antigüedad lo aceptaron, consagrándolo como un dogma en sus respectivas religiones, esa aceptación no se comprende, es un efecto sin causa, un fenómeno sin principio ni fin, un consiguiente sin antecedente, sinó reconoce por base un motivo racional que la determine, y este motivo no puede ser otro que la mancha original, de un lado y de otro la esperanza de lavarla con la sangre del sacrificio, ya que el sacrificio es la condigna pena impuesta por razón de esa mancha misma. ¿Cómo es que todas las teogonías han pregonado el principio fundamental de la caída del género humano, el rito simbólico del sacrificio, y la esperanza de un libertador? ¿Esa creencia unánime y universal se ha formado al acaso? ¿Estriba quizás en alguna mera suposición? Esto, á fuer de irracional, es increíble. ¿Cuándo ni cómo se han puesto de acuerdo todas las naciones para erigir en dogmática esa verdad universal, sobre todo cuando en cada país imperaba el exclusivismo de nacionalidad, y hasta carecían de vías de comunicación? ¿Cuándo la China, situada allá en un extremo del Oriente, ha franqueado al espíritu de propaganda sus inaccesibles barreras? No, la identidad sustancial de esas creencias universales no es el resultado de una cosigna terrenal; no obedece á un sig-

no de convención; es anterior á todas las convenciones humanas su causa determinante: todas esas creencias de los pueblos primitivos, todas esas ritualidades, todo ese dogmatismo de los tiempos prehistóricos; en una palabra, todas esas tradiciones teogónicas son las ramas de un árbol, cuyo tronco arraiga en el Paraíso. De este modo tienen su explicación racional; de otra manera, son inexplicables y, por tanto, ininteligibles.

Luego si la religión constituye el centro de las relaciones naturales en que la criatura ha vivido, vive y seguirá viviendo con el creador, y si esas relaciones son, como lo son realmente, de todo punto necesarias, dada nuestra dependencia, el cumplimiento de los deberes que la religión impone es inexorable, ineludible, con tanta razón, cuando menos, como ineludible é inexorable es el cumplimiento de los deberes de las leyes, por las cuales las sociedades civiles se rigen. Luego no basta amar al prójimo como á nosotros mismos para obtener el premio reservado á la virtud; es preciso, además, si el hombre ha de llenar los altos fines de su misión, que cumpla las obligaciones derivadas del doble carácter de su naturaleza moral y material. Y como el Sr. R. ha sostenido reiteradamente en su segundo artículo, que es suficiente, al enunciado objeto, el amor al prójimo, de inferir es que carece de toda religión, ó sea, de las relaciones en que el ser finito humano ha de vivir con el infinito, fuente de todo poder y sabiduría, y autor de la creación. El hombre, abandonado á sus propias y peculiares fuerzas, es un ser quimérico, y todas las teorías que han sostenido tan extravagante doctrina, no han producido sinó el extravío del individuo y profundas dislocaciones sociales.

Demostrada ya la necesidad imprescindible de un culto religioso como expresión de un sentimiento ingénito en nuestro ser y acreditado el deber moral de cumplir los preceptos emanados de la religión, investiguemos si, siendo la ley de gracia y la ley de Moisés, según sabiamente expone un erudito y profundo escritor, las dos vertientes del calvario, y la ley mosaica, además, el eco de las verdades tradicionales reveladas en el paraíso al primer hombre, hay algo en la evermogonía del historiador sagrado que haya sido desmentido por el progreso de las ciencias específicamente llamadas naturales, y si Moisés plagió las doctrinas religiosas de la India, ó si estas doctrinas son un simple remedo de la relación de Moisés. En cierto modo, nos lanzamos fuera del recinto de la fe, para trasladarnos al estudio de la ciencia de la naturaleza, la cual irradia sus brillantes fulgores en el gran libro del Génesis. Y al asentar nuestra planta en este nuevo campo que se abre á nuestras exploraciones, dirigimos una mirada retrospectiva á los siglos que pasaron, y en el vasto panorama que ellos nos presentan vemos levantarse y derruirse los imperios, y oímos las narraciones de muchos escritores acerca de las hon-

das transformaciones que las sociedades antiguas han experimentado. Al frente de ellos se encuentra Herodoto, historiador el más antiguo, más allá del cual no vemos sino la oscuridad que rodea á los pueblos primitivos: decimos mal, mil años antes que Herodoto compendiará los rasgos característicos de los lidios, de los carios, de los pelagos y de los arcadios, y que la musa de Homero inspirase la *Iliada*, vemos á Moisés colocado en medio de las tinieblas que cubrían los antiguos tiempos, como un gran faro iluminando á la posteridad el camino que conduce á la cuna de nuestros progenitores. Moisés escribe el *Pentateuco*, y en su libro primero enarra la creación del mundo. ¿Ha sido inspirada su palabra? Los adelantos de la ciencia geológica ¿han venido á desmentir los asertos de Moisés, ó á demostrar la exactitud de los términos en que su narración cosmogónica se halla concebida?

Refiere el historiador sagrado el orden cronológico de la creación, diciendo: «en el principio crió Dios el cielo y la tierra: la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas cubrían la faz del abismo, y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. Y dijo Dios: hágase la luz, y la luz fué hecha. Y dijo: produzca la tierra yerba verde.... y el árbol frutal produzca su fruto:—y las aguas produzcan reptil de ánima viviente, y ave que vuele sobre la tierra debajo del firmamento del cielo, etc. etc.

Pues bien; grande ha sido el número de los impugnadores de Moisés, á quien frecuentemente se han dirigido por filósofos modernos las más aceradas invectivas. Unos han sostenido que la materia es eterna; otros, que el origen del hombre se pierde en la noche de los tiempos; quién ha opinado que el diluvio es una quimera; quién que todo el relato de Moisés es una fábula apócrifa. Mas el estudio de las ciencias físicas pueden gloriarse de haber venido á comprobar la exactitud cronológica de la narración mosaica. Antes de la creación no había nada, y Dios crió el cielo y la tierra; y la tierra, formando un caos, estaba desnuda y vacía. Y dijo Dios: sea hecha la luz, y la luz fué hecha.—Bacon observa que en las obras criadas se advierte una doble emanación de la eficacia divina: la una referente al poder creador de la materia, y la otra alusiva á la belleza de la forma de que la materia fué investida; añadiendo, que la creación de la materia aparece como una obra de la mano; mientras la elaboración de la forma implica el carácter de un mandato. En la hipótesis, pues, de que la materia fuese eterna, habría que admitir lógicamente su independencia propia en su manera de ser; más como hubo una potencia coordinatriz que actuó sobre ella; la independencia de la materia es ilusoria, y por tanto, no pudiendo ella darse á sí misma su existencia, necesariamente ha sido creada.

La luz ha sido hecha antes de que aparecieran los grandes y pequeños luminares, dice Moisés en su narración genesiaca, y esta aseveración ha dado pretexto á que la narración

se tenga por fabulosa. Pero los progresos de la física y de la química han comprobado una verdad, que sólo Moisés sabía y se cantó, más de treinta siglos há, cual es la de que la luz no es más que el resultado de la vibración del fluido luminoso; como el sonido no es tampoco mas que el resultado de la vibración del aire atmosférico. Ya nadie ignora que cada partícula ó átomo de materia contiene una cantidad, mayor ó menor, de luz, calórico y electricidad, y que no es necesaria la acción solar para que la luz tenga una existencia efectiva; antes bien es independiente de ella.

Oigamos ahora al distinguido naturalista Mr. Cubier, á cuya reconocida autoridad, confirmada por el resultado de las disquisiciones de otros eminentes geólogos, deferimos: «es muy cierto, dice, que la vida no ha existido siempre sobre el globo, y es cosa fácil al observador comprender el punto en que la vida comenzó á depositar sus restos. En el desorden de nuestro globo; los grandes naturalistas han podido demostrar la existencia de un determinado orden, y que esos estensos bancos, en revuelto desorden, denotan una sucesión, que, salvo pequeñas diferencias siempre es la misma. El granito es la piedra situada debajo de las demás, ya se atribuya su origen á un liquido general que en primer término lo haya tenido todo en disolución, ya se impute al enfriamiento de una masa en fusión. Sobre sus flancos estriban las rocas hojosas; entre sus copas se hallan los esquitos los pórfidos, los asperones y las rocas talcosas; y finalmente, los mármoles de granos salinos y los calcáreos sin conchas, son la última evolución, la última labor por la cual ese liquido desconocido, ese mar sin pobladores, parecía preparar los materiales á los moluscos y á los zoófitos, que más tarde debían depositar sobre aquella tierra grandes montones de corales. Es de creer que la vida, que pretendía posesionarse de este globo, luchó primitivamente con la naturaleza inerte, que antes dominaba. Por tanto, es innegable que las masas que actualmente forman nuestras más empinadas montañas, permanecieron primeramente en estado liquido, y que con posterioridad á su consolidación fueron cubiertas por aguas que no alimentaban cuerpo alguno viviente.»

Con nuestra habitual ingenuidad lo decimos, leyendo al ilustre geólogo, parece estarse leyendo el versículo II del Génesis: *terra autem erat inanis et vacua; tenebrae erant superfaciem abyssi; Spiritus Dei ferebatur superaguas.*

Una de las conquistas de que más puede envanecerse la ciencia geológica, es la de haber descubierto que los vegetales fósiles hallados en nuestros climas ofrecen las mismas especies que los encontrados en América. De aquí se infiere infaliblemente que en la época primitiva no había disparidad de calor solar entre ambos hemisferios, que es la que produce ahora la desigualdad en las producciones vegetales; y que aquella igualdad remota no puede concebirse y

menos explicarse sinó admitiendo una irradiación central del elemento lumínico y del calórico, que compartiera por igual la acción de estos elementos mismos. Luego razón tenía Moisés cuando refería que la luz y los vegetales aparecieron antes que los grandes luminares. Además las tres especies de vegetación *germen*, *herba* y *arbor*, de que habla por este orden Moisés, corresponden, mediante el estudio de las capas terrestres, á las *plantas celulales*, á las *yerbas* y á los *árboles*, según los naturalistas. Y cuenta, que las investigaciones de estos no iban encaminadas al resultado final de una comprobación ó cortejo del producto de sus trabajos científicos con los hechos narrados por Moisés, á fin de averiguar la exactitud ó inexactitud de la narración: nada de esto; emprendieron su peregrinación impulsados por su anhelo de saber y guiados por la clara luz de su entendimiento, y en el término de su viaje se encontraron sorprendidos con la presencia de Moisés.

Mr. Mancelo de Serres, parangonando el resultado obtenido del estudio de las ciencias físicas con la narración del Génesis, se expresa de este modo: «Las conexiones íntimas que se advierten entre los últimos descubrimientos y la cosmogonía mosaica, son por todo extremo notables, y el genio del legislador hebreo ciñe su frente con el laurel de la gloria, no pudiendo ya dudarse de que su relación es el fruto de una revelación venida de lo alto.»

El lenguaje de Moisés no es el de un filósofo como Platón disertando sobre la eternidad de la materia y sobre la inmortalidad del alma en una forma semiexcéptica, semiidealista, sin ser idealista ni excéptico; ni el de un Descartes discutiendo sobre la duda metódica y el pensamiento como esencia del alma; ni el de un Condillac asido á su estatua y resolviendo los problemas filosóficos con el barómetro de las sensaciones; ni el de un Krausse sistematizando un principio y estableciendo las categorías de unidad, sustancialidad y totalidad é inquiriendo si la esencia divina es ó no la identidad de esencia de todas las cosas del universo. No es tampoco un Dante que, inspirado por su Beatriz, canta en verso grave y magestuoso la eternidad del placer y del tormento; ni un Petrarca, que al recuerdo de su Laura querida entona en metro suave y dulce el canto de su amor al blando murmullo de una fuente cristalina; ni un Tasso, que prorumpa en melancólicos acentos y gima en el bosque encantado ante las desventuras de Herminia. Moisés no es nada de esto; es, si se quiere, menos que esto; porque es un simple narrador; pero un narrador que habla con singular aplomo, y lo que dice lo asegura con frase concisa, cual si en los momentos críticos de su narración fuera testigo presencial de los hechos que narra. Sus palabras son la síntesis de la ciencia de la naturaleza; la sabiduría que entrañan no es propia de sus oscuros tiempos, ni ha podido adquirirla en ninguna escuela. Moisés, ya lo hemos manifestado en nuestro artículo anterior, se adelantó más de treinta siglos á su época, y sus escritos son el fruto de la inspiración divina.

Y sin embargo, se le ha tildado de impostor. ¡Impostor Moisés! La historia que él escribió es la historia de Adán, de Noé y de Abraham; la maravillosa historia de los primeros tiempos. Los hechos en ella relatados databan de fechas relativamente recientes, y no era fácil que la tradición estuviera adulterada. *Amram*, padre de *Moisés*, había conocido á *Leví* y vivido con él; *Leví* estuvo treinta años con *Isaac*; *Isaac* vivió cincuenta años con *Sem*; *Sem* noventa y ocho con *Matusalem*; y *Matusalem* doscientos sesenta y tres con *Adán*. Los unos recibieron su instrucción de los otros, siquiera sea críticamente juzgando, y la longevidad de estos patriarcas constituye una razón para apreciar que la historia de Adán no pudo haber sido olvidada en tiempos de Moisés. Luego si Moisés fuera un falsario, un impostor, sus mismos contemporáneos le habrían desmentido, no solamente en cuanto á esa historia, sinó también en lo atinente á los milagros de que hablaba á su pueblo y Dios había obrado por ministerio suyo. El paso por entre las aguas del mar Rojo; la columna luminosa que á Moisés y á los suyos guiaba en el desierto; el prodigioso maná con que en los pelados arenales de la Arabia se alimentaron durante cuarenta años y la promulgación de la ley cuando el relámpago culebreaba en el espacio, y el fragor del trueno tableteaba en las montañas del Sinai, son hechos muy impropios de un impostor. Así lo ha apreciado la crítica histórica constantemente, y no hay razón plausible para que nosotros las apreciemos de otra manera, aunque alguno que otro naturalista hayan pretendido envolver en la oscuridad verdades que descansan afianzadas en la indeleble tradición, ilustrada por el genio de la ciencia en el largo trayecto de los siglos.

La cronología de Moisés ha sido combatida con empeño, y se descubre en sus impugnadores cierto prurito de atribuir ya al Egipto, ya á la India; ora á la Persia, ora á los caldeos, el honor de la antigüedad. Nosotros vamos á rebatir estas opiniones, fijándonos en los dos pueblos que sobre este asunto más han atraído las miradas de la crítica geológica. Al realizar la expedición de Egipto, se descubrieron en la Tebáida unos zodiacos en bajo relieve, correspondientes á los templos de Denderah y de Esnech y representativas de las figuras de las constelaciones zodiacales al estilo moderno, si bien su distribución es especial. Practicando sobre ellos un exámen para los *taumaturgos* de la ciencia, resultó que habían sido construidos siete mil años antes, y esto falseaba la cronología mosaica; sobre todo cuando un escritor como Dupuis llegó á asegurar que aquellos zodiacos contaban más de veinticinco mil años. Esto no obstante, el planisferio circular fué conducido á París á principios del presente siglo, y sometidos los zodiacos á nuevo exámen, se descubrió que representaban el estado del cielo según se le conocía siete siglos ántes de Jesucristo. Las inscripciones griegas de aquellos monumentos se copiaron, descifrándose las que estaban concebidas en geroglifi-

cos, y resultó que el pórtico de uno de ellos estaba dedicado á la salud de Tiberio; que el planisterio llevaba la inscripción de *Autócrata*, cuya nombre se daba á Nerón; y que el otro templo tenía pintada una columna, al estilo mismo del zodiaco, y cuya inscripción se refiere al año diez del emperador Antonino. Este éxito desilusionó á los impugnadores de la cronología de Moisés, y su desencanto fué aún mayor cuando en un ataúd de momia importado de Tébas y procedente de un joven fallecido en el año 19 del emperador Trajano, se halló un zodiaco dividido en el mismo punto que los de Denderah y Esnech.

En punto á la India, y advirtiéndole que Mr. Holwet. Anquetil y Sonnerat dicen de ella que es el pueblo más corrompido, más supersticioso y más trapadro entre todos. Estraban y Megasteres afirman que todas las relaciones antiguas de expediciones á aquel país oriental carecen de todo viso de verosimilitud; á excepción de la de Sesac, Hércules y Alejandro Magno; y el historiador Antígono Caristio Plutarco y Luciano hablan de Phocio, historiador afecto á la India, acusándole de falta de veracidad. Mr. de Sainte-Croix, importador del *Ezur-Vedan* traducido por *Bramin*, después de estudiado ese libro asegura que hay que amononar mucho el respeto que otros, mal enterados, habian intentado inspirar hacia la supuesta antigüedad de la India y que en las obras de esta región conoce hay vestigios de un cristianismo adulterado por los momiqueos ó por los Bramines. En otro libro indio, el *Shaster*, se habla del advenimiento de *Wistnou* bajo la forma de un niño llamado *Kristua*. Este niño nació de noche, y algunos devetales ó ángeles, avisados previamente, se prepararon á recibirle con ayunos. Estas doctrinas religiosas de la India son, como se observa, una corrupción de nuestra creencia cristiana en orden á la venida del Mesías. Según los Indios el agua del Gánjes lava todos los crímenes (claro: como que es el laboratorio de los microbios), y quien muere asido á la cola de una vaca, obtiene su salvación. Tal vez esta creencia de los indios sea el resultado de una confusa mezcla de mahometismo y cristianismo.

En suma: no vemos confirmada, ni indicada siquiera, por el testimonio de autoridad alguna la antigüedad que vanamente se intenta atribuir á las doctrinas religiosas de los indios y de los egipcios; antes bien tenemos por cosa probada que unas y otras religiones están fundadas en una revelación primitiva, la cual es la raíz de los principios religiosos tradicionales.

Al Sr. R. se le indigesta el dogma de la transmisión de la culpa original, en el concepto de que esta creencia está en pugna con la bondad y justicia de Dios. La razón, abandonada á sí misma, así lo concibe; pero sometida la razón á una fe racional, esa creencia no está contra la razón, sino sobre ella. El Sr. R., que es muy ilustrado en todos los ramos del saber, y más que todo en medicina y cirugía, no puede negarnos que hay enfermedades que se tras-

miten por herencia lo cual constituirá un fenómeno fisiológico. Y es digno de consideración el que un descendiente herede un mal proveniente de un vicio orgánico de su ascendiente culpable, cuando aquel es inocente. El hecho es verdadero. ¿Y por qué, preguntamos nosotros, consienten la bondad y justicia de Dios que el hijo sufra las consecuencias de un pecado en que no ha podido tener participación? He aquí un misterio á que la razón no puede resistirse. Pues bien, la trasmisión de la culpa original es otro misterio; y si aquel es admisible dentro de la esfera de la razón pura, ¿por qué no ha de serlo también este?

En conclusión: si el hombre es un ser naturalmente religioso, menester es que dé satisfacción á su conciencia cumpliendo los deberes que la religión le prescribe. De todas las religiones, sólo una puede ser verdadera, y esta es la católica. Su regla de fe estamos dispuestos á defenderla examinándola bajo su punto de vista histórico, bajo su punto de vista racional, bajo su punto de vista teológico, bajo su punto de vista ético, bajo su punto de vista bíblico, y bajo su punto de vista polémico.

Desearíamos ser más extensos; pero tememos fatigar demasiado el ánimo de nuestros lectores, y terminamos este pequeño trabajo, rogando al Sr. R. que dispense no hayamos dado ántes contestación á los cargos que nos hace en su segundo artículo, porque nos lo han impedido nuestras aficiones cinegéticas, las cuales nos impulsan en este instante á hacer una nueva expedición venatoria en compañía de nuestro muy ilustrado y digno amigo D. Rafael Serrano Alcázar.

ALEJO BERRUGA MARCO.

REVISTA POLÍTICA

EXTERIOR

Mientras los turcos no repasen el estrecho de los Dardanelos serán un germen permanente de perturbaciones y una amenaza constante contra la paz europea.

La unión de las dos Bulgarias, de dos pueblos hermanos, que nunca debió separar la diplomacia, hecho natural y sencillo, que sin esfuerzos se podía prever, trae en conmoción á todos los pueblos que ocupan el territorio, que comprendió el antiguo imperio turco y amenaza producir una conflagración europea.

La cuestión de Oriente es indudablemente mucho más complicada que lo fué la italiana en su día: al fin en la península hermana sólo existía un pueblo y sólo el imperio austriaco estaba interesado en que no se realizase la unidad italiana; pero en el imperio turco se agitan varios pueblos de distinto origen, rivales casi todos y apenas hay nación en el continente que no quiera apoderarse de parte de los despojos del moribundo imperio.

Há tiempo que un eminente estadista dijo que los turcos estaban acampados en Europa é indudablemente ya hubieran levantado sus tiendas

y repasado el estrecho, si los intereses encontrados de las demás naciones no contribuyesen al sostenimiento de ese imperio caduco.

Y para que todo sea anómalo en esta cuestión de Oriente, se viene observando que las naciones que en Europa vienen representando el principio liberal, como Inglaterra, etc., etc., han apoyado el *statu quo* á favor de la Turquía y los pueblos oprimidos por esta han buscado para obtener su libertad el apoyo de la despótica Rusia, encarnación en Europa del absolutismo.

Parece, sin embargo, que hoy se ha modificado algo esta actitud: Inglaterra ha visto con simpatía el movimiento insurreccional de las Bulgarias, al paso que ha sido censurado y combatido por Rusia.

Este cambio lógico de conducta simplificaría notablemente el problema: sería un choque más entre la libertad y el absolutismo, que en vez de tener por campo de batalla nuestra desgraciada nación, lucharían en las comarcas de la antigua Francia.

*
**

Las segundas elecciones que se han verificado en Francia no han alterado la proporción en que se encontraron los partidos: han demostrado que ha habido ya en las fracciones republicanas un principio de inteligencia, que basta para hacer infructuosos los esfuerzos de los monárquicos: á esa inteligencia se debe el haber acordado ya en principio la reelección en la presidencia de la República de Mr. Grevy.

INTERIOR

La cuestión de las Carolinas, la de orden público y la enfermedad de S. M. el Rey, son los tres puntos sobre que hoy gira la política española.

Una sospechosa casualidad ha hecho que el buque que trae el correo de Filipinas, donde han de venir cartas particulares que den detalles sobre lo allí sucedido, sufra una pequeña avería y retrase cuatro ó seis días su llegada á España: pero sin indicarse el origen corren algunas versiones que por ser malas desde luego, tememos que se confirmen, máxime estando conformes con los tristes presentimientos que todo español siente al saber lo ocurrido en Yap.

Según aquellas la bandera española se había izado ya en esta isla cuando el buque alemán llegó, y sin embargo, en virtud de órdenes superiores se plegó aquella bandera ante la enseña alemana, sin más que una sola protesta, la del teniente Capriles, que ha demostrado tener un temple de alma digno de los héroes del 2 de Mayo.

Todos han cumplido con su deber, según la versión oficial, pero la honra de España no ha quedado bien parada. ¡Ojalá que al saber toda la verdad podamos rectificar esta penosa apreciación!

*
**

Apenas pasa día sin que los periódicos anuncien que en algún punto se ha reconcentrado la Guardia Civil, en otros han estado las tropas al-

gunas horas sobre las armas, etc., etc., resultando un temor tal por parte del gobierno, que podría aplicársele el consejo de La Fontaine en una de sus fábulas: *al que en la vida lleve muchos sustos, la muerte causará menos disgustos*; y á fe que de esa manera descansaría el gobierno conservador y el pueblo español que lo sufre.

Y no sólo se teme por cosas políticas la alteración del orden público, aún se teme por la cuestión sanitaria, cuando apenas hay ya epidemia, por la contribución de consumos, qué más, hasta por la instalación de una máquina para hacer cigarrillos en la fábrica de tabacos de Valencia ha alarmado el gobierno la población, doblando retenes, estableciendo patrullas, etcétera, y no ya en Valencia, sino en Madrid y en Sevilla.

*
**

En la larga discusión entre los partidarios de las ideas republicanas y monárquicas se tiene como argumento aquí á favor de las últimas la sucesión en la jefatura del Estado, menos expuesta, según ellos, á trastornos porque ya está prevenida por la Constitución y se verifica de un modo natural, sucediendo el hijo al padre, prefiriendo el varón á la hembra, etc., mientras que en las repúblicas cada cambio de Jefe de Estado viene acompañado de elección, exaltación de pasiones, trastornos, etc., etc.

Es, pues, según los monárquicos cosa de poca importancia, de poca trascendencia en la gobernación del Estado la muerte del Jefe: á la muerte, dicen, de la reina Victoria ó Guillermo sucederán sus hijos, como á la muerte de Víctor Manuel sucedió Humberto sin que se modificase en lo más mínimo el curso de los negocios en Italia.

Apoyándonos en estos mismos razonamientos de las monarquías decimos nosotros que no comprendemos el por qué la enfermedad del rey se quiera envolver en un misterio mayor aún que el de la cuestión de las Islas Carolinas.

El rey como mortal está expuesto á las mismas enfermedades que los demás hombres y su cargo de jefe del Estado rodea su existencia de cuidados é inquietudes, que fácilmente pueden ocasionar alguna de esas enfermedades morales que producen su efecto en el cerebro, el corazón ó los pulmones.

Ello es que los periódicos monárquicos respecto á este particular, están hechos unos órganos de Mistole, unos dicen que el rey está ya restablecido del todo, otros que para restablecerse irá á Málaga y alguno insinúa que tal vez á Niza; niegan unos que se haya llamado al distinguido médico Sr. Sánchez Ocaña, otros lo afirman, siendo el resultado hacer un misterio de lo que es cosa natural y corriente.

Lo cierto es que además de los médicos de la Real Cámara han visitado ya tres ó cuatro al regio enfermo: hecho que demuestra por sí sólo la gravedad de la enfermedad.

RÉGULO.